

MARÍA JOSÉ PRIETO VÁZQUEZ

• • • •

RÁFAGAS DE FANTASÍA, HISTORIA Y MISTERIO



AGLÁOPE

Saltaba contenta alrededor de la piscina de una casa de vacaciones, en un pueblo marítimo. Se sentía muy alegre porque había logrado su objetivo: que la llevaran al mar. Aquel sitio le encantaba; había soñado tanto con él... Era una niña muy fantasiosa, y le entusiasmaba dejar suelta su imaginación. Muy inteligente, además; con sus ocho años escuchaba atentamente todas las historias que le contaba su tío Ariosto.

Estaba harta de los juguetes que le compraban sus padres. Todos eran parecidos y muy sofisticados. Con ellos casi no podía inventar nada, y su delirio era precisamente crear.

Le daban todo hecho y no sabía de dónde venían las cosas, lo que comía, los muebles, todo. La encerraban en un palacio de metal precioso. Su casa era eso: una jaula de oro muy bonita; pero no había visto pájaros en su vida, nunca había mirado al cielo para imaginarse cosas. La naturaleza se la tenían prohibida. Su educación era demasiado artificial.

Apenas podía conversar con sus papás, porque venían cansados del trabajo y no tenían ganas de ocuparse de ella. Preferían jugar con el ordenador, y no con la niña, ni le preguntaban sobre sus inquietudes. No la conocían en realidad.

Ahora paseaban por la orilla de la playa cuando apenas había gente. En estas circunstancias la brisa y el crepúsculo le parecían encantadores. Sin duda era un panorama bellissimo el que se presentaba ante sus ojos.

—Tío, me has contado lo de Ulises y las sirenas. ¡Qué bonito!

—Sí, son historias muy hermosas, ¿verdad?

—Hacen que me guste más el mar. Es tan grande...

—Me alegro de que así sea, porque te puedes inventar muchas cosas sobre él.

—Me encanta, y me imagino monstruos marinos y seres preciosos, y árboles debajo de las aguas, muy verdes, con flores de todos los colores y animales diferentes a los que vemos, con variadas formas. Y hombres sin cabeza y con los ojos en el pecho, y hombres con una sola pierna y con un solo ojo...

—¡Qué imaginación tienes, cariño! ¿Tus amiguitas también hablan de esas cosas?

—No, a ellas solo les importa comer, dormir, zambullirse en el agua, y jugar mucho. Bueno, a mí también me gusta jugar, pero...

—¿Pero qué?

—Pero a mí me gustaría hacer algo por los demás, por el mundo...

Ariosto no pudo más que esbozar una sonrisa, que por poco se le convierte en carcajada, al escuchar las palabras de su sobrina, tan pequeña y con ese espíritu tan generoso que no iba con su edad. En algún sitio habría escuchado estas cosas, pues su familia era un poco superficial, y solo pensaba en divertirse.

Los padres, debido a su juventud e inmadurez, todavía no habían tomado conciencia de lo que implicaba el rol de progenitores. Vivían en una casa que parecía salida de un cuento de hadas, regalo de los abuelos. En sus gustos diferían de las demás personas, por su singularidad. Él era mayor que ellos y, aunque muchas veces incidía en el tema de la educación, ni lo escuchaban, así que había decidido que el agua corriera por donde fuese...

Sin embargo, sí habían pensado muy bien el nombre de la niña. Como eran tan originales, deseaban para su pequeña uno también

peculiar, y le pusieron Aglaya. En la mitología griega era la menor de las tres cariátides y significaba la belleza, la inteligencia y el poder creativo. Todas esas cualidades las poseía la niña y necesitaba desarrollarlas; es decir, pasar de la potencia al acto.

A Aglaya le gustaba pasear alrededor de la piscina y de vez en cuando meterse en el agua y deslizarse por ella. Se acordaba de los cuentos que le había relatado su tío y lo pasaba genial. Probablemente tuviese cualidades de escritora, y bien encauzada...

Se quedó mirando al líquido puro y cristalino. Sus ojos verdes se perdían en el azul de aquel recipiente, igual que lo hacía en el mar, pues su interior lo consideraba un trocito de aquella ingente masa de líquido elemento.

En un instante no supo si aquello venía de su imaginación o era algo real. En la piscina había un ser mítico, aunque ella no lo llamara así; se trataba de algo tan fuera de lo normal... porque distinguía bien la realidad de lo que no era. En el colegio le habían pasado pruebas y los padres sabían que era una niña muy despierta, con un elevado coeficiente intelectual... y la etapa de las fabulaciones había pasado ya. ¡Aquel ser era una auténtica sirena! No, no se lo podía creer. ¿Le estarían gastando una broma? No era tonta.

De bellissimo rostro, muy rubia y tez clara, ojos azul mar, toda ella tenía un colorido impresionante. Su pecho estaba tapado por un hermosísimo cabello, no como el de las muñecas *Barbie*, mucho más largo y espeso. Sin embargo, de cintura para abajo era un auténtico pez.

—¿Cómo te llamas?

—Agláope.

—¡Qué nombre tan bonito! Es como los que mi tío me cuenta en sus historias. ¿Eres una sirena de verdad o te has puesto un disfraz?

—No, soy real y auténtica. Una de las que asustaron tanto a Ulises cuando pasó aquella aventura. ¿No te lo ha contado tu tío?

—Sí, pero no existen.

—Pues yo sí existo. Tócame.

Aglaya se agachó con miedo para alcanzar a Agláoipe, y vio que era tangible y que tenía las escamas de un pez. De sus ojos desprendía una gran bondad. Eso la tranquilizó. Olía a mar, igual que cuando iban a la playa. Olía a pescado. A la niña aquello hasta le pareció gracioso. Se lo diría a sus amiguitas y no se la iban a creer. Bueno, al primero que le transmitiría la noticia era a su tío, y luego a sus papás.

—¿Has venido del mar?

—En efecto, he venido del mar, y he estado en tu mente siempre.

—Sí, a mí me encantan las sirenas. ¿Por qué viniste a mi casa?

—Porque creo que es la adecuada. Yo soy la que te ha inspirado esas ideas generosas y geniales que posees.

—¿Sí?

—Tenéis que cumplir una misión.

—¿Quiénes?

—Tu familia y tú. Bueno, en realidad, tus padres y tú.

—¿Mi tío no?

—Él ya la está cumpliendo en la medida en que se lo permiten. Es para que el mundo vaya mejor.

—¿Y nos has elegido a nosotros? ¡Qué guay! Cuando lo sepan ellos...

Aglaya se quedó pensativa, pero en un momento, aquel ser literario y folklórico había desaparecido de las límpidas aguas. Sus ojos no daban crédito a lo que habían visto, y enseguida notó una sensación interior de paz y alegría. Corrió a decírselo a su familia.

—Tío, que sí, que he visto una sirena en la piscina; papá, mamá, que es cierto, y me ha dicho que ha venido a cumplir una misión que nosotros hemos de seguir.

—Aglaya, ya no eres tan pequeña, ¿cómo te puedes inventar todo eso? Tu tío tiene la culpa, que te llena la cabeza con estupideces.

—No estoy de acuerdo con vosotros, hermanita y cuñado. Creo que le estáis dando a la niña una educación artificial que no le favorece nada. Apenas os ocupáis de ella, y esto no beneficia su desarrollo psicológico ni moral. No la dejáis ser creativa. Le dais todo hecho, todo artificial, nada natural... ¿Le habéis hablado de Dios, de ese Ser que la ama, y nos ama a todos con un amor profundo, desinteresado y sin límites?

—Ya le hablan en el colegio. Se lo hacen todo allí.

—Estáis muy equivocados. Los padres están para mucho más que traer un hijo al mundo.

—Pero ¿tú te crees lo de la sirena? Por favor...

Ariosto los llevó a la piscina. Allí no había nada ni nadie. Ellos lo observaron con escepticismo. Ariosto les dijo que mientras no se volvieran como niños, mientras fueran tan egoístas y racionales, no verían nada; que por qué no hacían una prueba: mirarían hacia el agua, se concentrarían en ella y pensarían en la posibilidad de que existiesen tales seres, pues todos nos habíamos vuelto demasiado lógicos, y así nos iban las cosas, dábamos demasiada importancia a la materia, abandonando la emoción, el sentimiento, y todas las cosas bellas como la autenticidad y el verdadero amor...

—Ariosto, nos has echado un buen discurso. Todo eso funciona a nivel ideal. En realidad, todo es mucho más prosaico y feo.

—Lo es porque queréis. Sois vosotros los que debéis crear una realidad bella.

—¿Pero de verdad tú piensas eso?

—Yo sí lo creo. No solo porque Aglaya me lo haya dicho, sino porque es verdad, y porque necesitábamos que un hecho sobrenatural se presentase ante nosotros. Haced la prueba. Mirad con credulidad el agua de la piscina, ¿por qué no iba a aparecer Agláope?

Ellos se quedaron ciertamente atónitos ante lo que él les decía, aunque en el fondo estaban deseando que algo fuera de lo cotidiano ocurriese. Se quedaron mirando muy tranquilos y relajados hacia las azules aguas de la piscina que les recordaban el mar, y se concentraron en aquellas míticas y bellas historias que en el fondo encerraban una verdad.

En un lado de la masa acuosa empezó a dibujarse una hermosa silueta, la misma que les había descrito la niña. Apreciaron enseguida el rostro, el cabello y las escamas de pez. Su asombro no pudo ser mayor. ¡Estaban ante un auténtico prodigio! Y lo cierto es que lo había realizado su mente, su voluntad. Podían cambiar la realidad para bien; muchas veces estaban insatisfechos, a pesar de lo magníficamente que vivían y de las cosas materiales de las que disfrutaban. Entonces se dieron cuenta de algo grande y del poder de la voluntad.

—Hola, soy Agláope, una de las sirenas que cantaron en la aventura de Ulises. Él tuvo que vencer unas pruebas; vosotros, otras. No soy mala. Solo un ser mental que os viene a ayudar.

—¿Qué quieres de nosotros?

—Que vengáis conmigo al país de las maravillas.

—Eso me suena a cuento de niños.

—En realidad nos tenemos que hacer un poco niños para entender muchas cosas que de adultos olvidamos.

—¿Qué hemos de hacer?

—Miradme fijamente a los ojos, creyendo en mí. Así os trasladaréis todos a ese mundo de aprendizaje y fantasía.

Así lo hicieron, y de pronto se vieron en un entorno muy distinto del que normalmente vivían. Era muy bonito. Árboles

muy verdes y de colores, flores diversas, y plantas con praderas y arroyos, que ponían variados tonos al paisaje, moras, y frutas del bosque. Contemplaron todos ellos la escena desde lejos. Observaron que había un montón de niños y niñas de la edad de Aglaya. Al principio estaban solos en aquella naturaleza que no tenía peligro alguno. Los niños volaban e iban a donde querían. Cogían frutas para comerlas. Regaban las semillas para que luego salieran plantas y flores, sacaban leche de las ubres de las vacas. Sus padres les habían enseñado. No tenían juguetes, pero cualquier cosa les servía para jugar. En el crepúsculo miraban a las estrellas y hablaban de ellas y con ellas; y miraban también al sol y hablaban de él y con él. Escucharon como espectadores exteriores sus delicados diálogos. Aquella era la región de las maravillas. Siempre estaban alegres y cantando. Cantaban lo que se les venía a la imaginación de forma espontánea.

—Venid, vamos a hablar con las estrellas.

—Sí, aquella se llama Semíramis y tiene una hijita, Perla. El papá es la otra que está al lado. Van a buscar agua a un lago, que son aquellas cuatro en forma de carro.

—Dago, habla con una de ellas.

—Sí. Estrellita, te estamos mirando, ¿quién te puso ahí? ¿Quién te creó?

—Una luz divina que luce siempre, que es eterna e inmortal. Se llama Dios.

—¿Y a nosotros?

—También. Dios dio a las mamás y papás la facultad de crear vida y los tenéis que querer muchísimo, como ellos a vosotros.

Los niños emprendieron el vuelo con sus alas doradas de mariposa y descendieron al suelo. Tenían hambre, por eso cogieron los frutos silvestres que salían a su paso: manzanas, moras, frambuesas... Vieron unas vaquitas y pensaron: «tendrán leche, queremos

beber el blanco líquido. Cuando éramos bebés nuestras madres también nos daban la leche de sus pechos».

—Sembraremos semillas y nos darán alimento.

—Yo tengo un juguete. Es un tren al que se da cuerda y anda.

—¿Y no será mejor construirlo nosotros con ramas, hojas y madera? Podríamos imaginar una historia sobre el tren, y la gente pueden ser las amapolas y margaritas...

—Las agruparemos por colores y les daremos vida.

—¡Qué divertido!

—Y crearemos una asociación de niños para acoger a los que maltratan sus padres o a los que no les hacen caso.

—Pero aquí no hay niños así. Eso es en el mundo real. De todas formas, si alguien entra en nuestro pequeño cosmos ideal, lo podemos hacer.

—Ahora vienen nuestros padres a darnos besos y a encomendarnos tareas.

—Crista está un poco triste.

—Su mamá la consolará y le preguntará la causa. Se queda con ella hablando toda la noche si hace falta.

—Y nos juntaremos con los primos. No nos pelearnos porque mamá y papá nos han dicho que todos somos iguales y diferentes, y que cada uno necesita unas cosas, pero que el amor y el respeto son los más grandes tesoros del mundo.

—Desde que metemos en nuestra cabeza estas ideas no nos envidiamos nunca ni queremos más de lo que necesitamos.

—La verdad es que no hemos visto peleas en este mundo de ilusión.

Todo esto lo estaba escuchando aquella familia que permanecía atónita ante lo que distinguían sus ojos, porque se dieron cuenta de que no eran una auténtica familia. ¿Cuándo se habían

ocupado de sus hijos? ¿Cuántas veces hablaban con ellos para ver sus necesidades afectivas y de comprensión? Se avergonzaron interiormente. Quisieron ir a hablar con estos seres. Los llamaron desde lejos, pero ellos no respondían.

Cuando hubo terminado el ensueño, volvieron a la realidad, y estaban de nuevo en su casa. Allí en la piscina se desperezaba la sirena.

—¿Habéis visto todo ya?

—Sí.

—¿Sabéis cuál es vuestra misión?

—Sí.

Aquella tarde acudieron unos amigos a su casa. Los notaron un tanto raros, diríase que cambiados. Estos habían dejado a los niños sin control. Iban a un baile y a comer fuera. Cuando llegasen, las criaturas ya habrían cenado solos. Seguro que alguno de ellos habría escapado a algún peligro mortal protegido por la Providencia; otros, puede que no, habrían sufrido los innumerables peligros de la vida moderna, sin que sus padres lo notasen, y lo que es más, sin que a sus padres les importara demasiado.

—¿Qué os pasa? Os veo muy cambiados.

—Sí. Tenemos una sirena en la piscina.

—¿Cómo?

—Hemos de referir esto a todo el mundo. Esa es nuestra misión. No solo la de comunicárselo a la gente de a pie, sino a los que rigen nuestro país y a los de todos los países del mundo.

